



BOTÁNICA

DE ALGUNOS ÁRBOLES FRUTALES DE NUESTRO CLIMA

Nadie desconoce la utilidad de los principales árboles frutales de nuestro clima, á saber: el manzano, el peral, el membrillo, el cerezo, el melocoton, almendro y otros. Esos árboles, originarios casi todos del Asia y del Africa, nos rinden grandes utilidades, y por lo mismo, no debemos pasar en silencio su historia y la descripción de sus frutos, conocidos indudablemente todos de los niños, nuestros lectores.

El manzano se menciona nada ménos que en las historias más antiguas, en las Santas escrituras; pues todo el mundo sabe el papel que representó en el Paraíso terrenal. En todos los bosques del antiguo continente se le encuentra en el estado salvaje. Los romanos introdujeron en su reino un número considerable de especies desconocidas hasta entónces, á las cuales dieron el nombre de importadoras. El

manzano es demasiado conocido para que hagamos su descripción; no hay aldea, por pequeña que sea, donde no se halle alguno de esos arbolitos, de copa redonda, y cuya florescencia ha inspirado á Víctor Hugo unos preciosos versos.

La manzana reemplaza á la uva en Vizcaya, en Santander, en Normandía, en Bretaña, sirviéndose de este precioso fruto para fabricar la sidra, que constituye una bebida tan saludable como grata al paladar. Las manzanas, cuyo sabor es más estimado, son las llamadas de San Miguel; las camuesas, las de la reina, y sobre todo las de la reina del Canadá. Debemos advertir que las manzanas empleadas para la fabricación de la sidra, generalmente son impropias para comer, á causa de su amargor muy subido.

Como el manzano, aunque de con-

formacion enteramente distinta, se encuentra tambien en los bosques el peral silvestre, produciendo, como es de suponer, frutos agrios é incomibles. Se conoce gran variedad de perales; pero deben citarse como mejores los que producen las peras de buen cristiano, de don guindo, de agua ó de invierno, de bergamota, y las llamadas de manteca. Igualmente que las manzanas, las peras que no se pueden comer se emplean en la fabricacion de una bebida excelente, pero que se conserva durante poco tiempo.

Numa Pompilio prohibió las libaciones de vino en las ceremonias religiosas, porque, segun parece, los romanos, lo mismo hombres que mujeres, abusaban de tan alegre licor. Segun Plinio, Rómulo exoneró á Meceño Ignacio, que habia matado á su mujer por haberla hallado bebiendo vino en el tonel. Cuéntase ademas, que habiéndose aprovechado otra mujer de la ausencia de su marido para beber vino en cantidad excesiva, fué condenada á perder su dote. Otra dama romana robó las llaves de la bodega, y por este hecho fué condenada por su familia á morir de hambre. Se conoce que los señores romanos en esto de beber vino eran muy intolerantes.

La uva fresca es una de las frutas más exquisitas; cuando ha llegado á adquirir el suficiente grado de madurez, es sumamente refrescante, y contiene cierta cantidad de sustancias nutritivas. Se conocen más de seis mil especies de uvas, y sabido es que pueden conservarse haciéndolas secar, haciéndose de ellas así un comercio muy productivo, no habiendo ningun niño que no conozca las famosas pasas de Málaga.

El fruto del frambueso es de gusto exquisito. Sirve para fabricar una bebida que los polacos y los rusos aprecian mucho. El jugo de la frambuesa se utiliza ademas para la fabricacion del jarabe y de los dulces.

El membrillo da un fruto tambien muy apreciado, de olor fuerte y característico; pero no se puede comer más que cuando está transformado en dulce ó jarabe.

El ciruelo, originario del Oriente, se halla en estado silvestre en todas partes. Su fruta puede ser considerada como de las más sabrosas; unas veces es parda, otras amarilla, y con frecuencia morada. Su aroma es exquisito, en especial el de la ciruela claudia, el de la real, la endrina y de mirabel. Con las ciruelas se preparan excelentes jarabes, dulces y licores. Tambien se conserva y se come despues de secada al sol ó al horno.

Sabido es que Lúculo llevó á Roma el primer cerezo seiscientos ochenta años ántes de nuestra era, á la vuelta de una campaña victoriosa contra Mithridates. El cultivo de ese árbol se ha extendido despues de aquella época con gran rapidez, y ahora se conocen muchas especies. La cereza tiene el sabor azucarado, y el color negro en las gordales. Su color es rojo, su carne blanda y su sabor ligeramente ácido en la cereza tardía. Las especies más nombradas son la guinda garrafal, la de sin rabo, la de Toro, la negra y otras. El cerezo de Mahoma y el de monte, tienen la fruta sumamente pequeña, encarnada y de agradable sabor cuando están bien maduros. El hueso es pequeño, y contiene una fuerte proporcion de ácido cianídrico, que lo usan en Alemania y Lorena

para la fabricacion de Kirch-wasser.

Consideran algunos al melocoton como el rey de las frutas; pues las sobrepaja á todas por su exquisito perfume y su sabor incomparable. Su carne es succulenta y abundante. Este precioso árbol vino de la Persia. Existen muchas variedades, de las cuales la mejor es la pavia blanca, conocida con el nombre de melocoton Montreuil; siendo tambien excelentes la pavia amarilla, la encarnada y la monstruosa. Esta última comprende dos especies, que son: el abridor liso, melocoton grande sin aroma, sin jugo, y cuyo hueso está adherido al sacocarpo, y el melocoton morado, que tiene el hueso desprendido, pero cuyo sabor no puede competir con las especies citadas anteriormente.

El albaricoque es tambien una fruta excelente, y el árbol que lo produce es originario de Armenia. El albericoque ó albréchigo, es el mejor, y su aroma se parece extraordinariamente al del melocoton. Despues de él se consideran por orden de calidad: el albaricoque de Portugal, fruta pequeña, sumamente fina y exquisita; el albaricoque de Angulema, cuya carne, de color amarillo oscuro, es muy perfumada, y por fin, el albaricoque comun. De estos son muy célebres en Madrid los de Toledo; pero en el Escorial los hay riquísimos por su aroma, su sabor y gran tamaño, si bien ménos abundantes.

El almendro es oriundo de Africa: se conocen dos especies, una que da las almendras amargas, ricas en aceite y en ácido cianídrico; la otra que produce las almendras dulces, con las que se hace el aceite para la farmacia y la perfumería. Las almendras dulces sir-

ven tambien para preparar las guindolas. La almendra es un fruto verde, largo y ovoideo, cuyo sabor se parece al de la avellana.

El higo es el fruto de la higuera, árbol que puede alcanzar una altura de ocho metros próximamente, y que fué importada por los fenicios en la época de la fundacion de Marsella. En Cataluña hay higueras de riquísimo fruto, y los de Aragon, especialmente de Fraga, tienen mucha fama cuando se han secado, constituyendo un buen artículo de comercio. En Grecia gozaba en otros tiempos de tanta estimacion esa fruta, que estaba prohibida su exportacion. Durante mucho tiempo, los romanos cultivaron una higuera en el mismo sitio, donde, segun la tradicion, habian encontrado una loba amamantando á Rómulo y Remo. Otra higuera fué plantada para recordar la memoria de Curcio, junto al abismo en que se precipitó para salvar á su patria el valiente heroe de la república.

Ya sabemos que nada nuevo enseñaremos á nuestros lectores al decirles que la uva es el fruto de la vid, arbusto que, segun parece, es originario de la Georgia. Noé, segun dice la Sagrada Escritura, fué el primero que la cultivó. Los griegos la hallaron en la Arabia feliz, y Osiris fué el primero en cultivar ó introducir la viña en las Indias. Se halla en gran cantidad en Persia y Crimea. España, Italia, Francia, poseen tambien riquísimas vides. Los catalanes, tan inteligentes y activos, las cultivan hasta en las cimas más inaccesibles de los montes. En tiempo de Rómulo, la viña ya era muy conocida, puesto que este príncipe hizo sustituir en los sacrificios el uso de la leche con el del vino.

LAS NIÑAS DEBEN ESCRIBIR BIEN



Eso está diciendo esa señora á su hija, y en verdad que tiene razon sobrada.

Las niñas deben saber escribir bien; no sólo hacer buena letra, sino conocer la ortografía perfectamente para no cometer errores y disparates. Es muy feo que una niña bien educada escriba unas letras desiguales, mal hechas, feas, y ponga *haches* y *erres* á su antojo, ó las suprima cuando sean precisas, y no se cuide para maldita la cosa de la puntuacion; así como una niña que escribe bien, sin faltas gramaticales, con elegancia y correccion, hace que de ella se forme muy buen concepto.

Antes que aprender música y francés y adquirir otros conocimientos, siempre útiles y convenientes, pero no de absoluta precision, deben aprender las niñas á escribir bien, de manera que en sus escritos no pueda hallarse la más ligera falta de ortografía. Leer y escribir bien el idioma patrio, es la principal base de la buena y sólida instruccion, lo mismo en los niños que en las niñas.

JUEGOS DE LAS NIÑAS



V

LA OVEJA Y LOS LOBOS

Una niña representa la oveja, y dos los lobos.

Aquella se pone en el centro de un corro de defensores, representados por otras niñas, y las que representan los lobos procuran cogerla, cosa difícil de lograr si es bien defendida.

Cuando se juega en el campo, se señala un sitio donde la oveja no puede ser cogida por los lobos; de modo que estos han de procurar que no llegue á aquel sitio, y la oveja que no la cojan fuera del lugar inviolable. Es un juego fatigoso, pero divertido.



VI

LAS TIJERAS

Consiste este juego en colgar un anillo ú otra cosa que pese de un cordón muy largo, y llegar con los ojos vendados y tijera en mano á cortar el cordón, lo cual no se consigue sin

dar ántes muchos tijeretazos al aire.

Las tijeras deben ser grandes, pero sin puntas, para evitar todo accidente desgraciado.

ES NECESARIO SABER ESPERAR

Maximiliano se hallaba dominado por una funesta pasión. Era ambicioso. ¿Cuál era el objeto de su pasión? El tener barba. Poseer unas magníficas patillas y unos largos bigotes. A los diez y ocho años, se puso Maximiliano hipocondriaco, y perdió los hermosos colores que se ven en las mejillas de los adolescentes. Que le naciera la barba, era su constante pensamiento. Quizás dirá el lector, que debía haberse consolado, al pensar que á los diez y ocho años no debe uno desesperar de poseer ese adorno; pero no juzgaba así Maximiliano, que estaba impaciente por poseer unos buenos bigotes.

Una noche, poseído de su monomanía en su más alto grado, llegó en su delirio hasta hacer voto de no cortarse jamás la barba si le llegaba á salir. Apenas acababa de hacer esta promesa, cuando se durmió.

Su sueño no duró mucho tiempo. Un cierto malestar vino á turbar su reposo. Esta incomodidad la sentía Maximiliano en la parte inferior del rostro. Al principio creyó que serían algunos importunos granitos, y no quiso llevarse la mano á la cara por temor de que aumentara la incomodidad que sentía. Pero amaneció, y Maximiliano corrió al espejo, y cuál no sería su sorpresa al verse poseedor de una magnífica y crecida barba. Nuestro jóven estaba loco de contento, y no cesaba de mirarse con cierta satisfacción; mas fué grande su sorpresa cuando vió que su barba crecía por momentos. Pero era una barba extraordinaria, y Maxi-

miliano debía aceptar todas sus consecuencias, y aquello no era más que el preludio de todas sus tribulaciones.

Sin pensar en almorzar, lo primero que hizo fué salir á lucir por las calles su hermosa barba. Los compañeros que le encontraban no le conocían por lo cambiado que estaba. Cuando se volvió por la noche á su casa, su familia se quedó sorprendida al verle con toda la barba; pero como miraban á su hijo como á un jóven muy distinguido, pensaron que le habria salido de alguna manera particular.

A Maximiliano lo destinaban al foro, pero ántes de concluir su carrera decidieron sus padres que hiciera algunos viajes. Acordaron que un antiguo amigo de su padre, hombre muy instruido, pero de poca fortuna, le acompañara en sus expediciones, mas el jóven, al verse poseedor de tan magnífica y respetable barba, no quiso atender á razones, y consiguió viajar solo, como convenia á un hombre que tenia una barba tan maravillosa.

Partió, pues, con su barba, que crecía prodigiosamente.

Poco aprovechó Maximiliano de lo que vió en sus viajes, porque su mayor ocupación era cuidar su barba. En casa, en la calle y en el paseo la peinaba y acariciaba sin cesar. Todos le llamaban el hombre barbudo.

Un hermoso día, Maximiliano, que habia recorrido ya una gran parte de Europa y que entonces se encontraba en Palermo, se sorprendió al ver que su barba empezaba á encanecer. Sin embargo, llevó con paciencia aquella

contrariedad, al pensar en las mil tinturas que habia para teñir las canas. Pero por más que hizo, nada consiguió, ni con el agua de las hadas, ni con ningun otro específico, pues siempre aparecian las canas importunas.

Sus profesores le habian recomendado que estudiara las leyes y las costumbres de los americanos. Maximiliano, recordando esto, arregló su equipaje, llenó su cartera de letras de cambio para los más fuertes banqueros del nuevo mundo; y para hacer cambiar de aires á su barba, abandonó la Italia y se dirigió al Havre, en donde se embarcó para América. Llegó á New-York, y bien pronto le conoció todo el mundo por el hombre de la gran barba. Esto empezó á fastidiarle un poco; pero por nada del mundo hubiera consentido en afeitarse, recordando su voto, y temiendo si faltaba á él que los genios le privasen de su querido adorno. Y en tanto, su barba seguia blanqueando. Maximiliano, que parecia mucho más viejo que lo que era, pensó en establecerse. Se presentó en varias casas, y en todas fué muy bien recibido; pero cuando pedia la mano de alguna señorita, esta rehusaba casarse con un hombre que parecia que tenia cien años, á causa de su barba, y hasta hubo alguna que le dijo que le habia tomado por el Judio Errante. Y verdaderamente, la barba de Maximiliano daba lugar á pensar cualquier cosa, pues le bajaba hasta las rodillas.

Herido en su amor propio, abandonó nuestro heroe la más populosa ciudad de América, y penetró en las regiones del nuevo continente, de tal modo, que un dia, sin saber cómo, se encontró en medio de los pieles rojas. Maxi-

miliano se alegró al principio, pues creyó poder estudiar de cerca las costumbres y las leyes de aquellos hijos de la naturaleza; pero recordando haber oido decir otras veces que ciertas tribus le tenian declarada guerra á muerte á la raza blanca, tembló de piés á cabeza. Además, Maximiliano no conocia el idioma de los pieles rojas; ensayó, sin embargo, por medio de gestos, indicarles que queria ser amigo; pero á esto respondieron los salvajes mirándole ferozmente, y enseñándole sus largos y afilados dientes.

Al poco tiempo empezó Maximiliano á comprender que estaba guardado con centinelas de vista, y que conciliábulos secretos tenian lugar en el consejo de los ancianos desde su llegada, por lo que determinó buscar su salvacion en una precipitada fuga. Un dia partió sin despedirse de sus incómodos huéspedes, y unas veces perseguido por los osos y otras por los indios, ganó por fin la costa del Pacífico, y despues de mil peligros, tuvo la fortuna de encontrar un ballenero que se proponia volver á Europa. Pero una tempestad le hizo naufragar, y con mil trabajos consiguieron llegar á una tierra, en donde les esperaban nuevos peligros. Era una isla habitada por antropófagos, á los cuales los misioneros no habian podido decidir aún á renunciar á los horribles festines de sus abuelos.

El jefe de la tribu, muy conocido por su crueldad, estaba ausente, pero le esperaban de un momento á otro, y para celebrar su regreso preparaban espléndidas fiestas. Se debian servir en la mesa del ilustre príncipe, condimentados de diferentes maneras, trescientos prisioneros de los hechos en la última expedicion. Cuando llegó el

jefe, y se empezó el festín, se quedó sorprendido Maximiliano al ver que le invitaban á sentarse en la mesa, (la cual consistía en una estera de juncos). No hubo más remedio que sentarse en medio de los terribles convidados. Maximiliano iba, pues, á verse obligado á comer la carne de sus semejantes, cuando el jefe pronunció algunas palabras al oído de su primer ayudante de campo. Este último, se aproximó en seguida á Maximiliano, y cogiéndole de la mano, le condujo cerca de su augusto amo; este miró al extranjero sonriéndose, y le explicó por signos que tenía que escoger entre ser asado y comido, ó pintarse como él y sus compañeros, renunciando para siempre á la esperanza, no sólo de venir á Europa, sino á ningún país civilizado. Maximiliano, lleno de terror, iba á optar por que le pintaran, cuando el príncipe le indicó, siempre por señas, lo siguiente: «Hasta ahora se te ha tolerado tal como eres; pero tengo que advertirte que es necesario que te deshagas de tu barba, no cortándola, lo cual no entra en nuestros usos, sino arrancándola.» Nuestro jóven se estremeció entónces de terror, quiso replicar, pero el jefe hizo una señal, y dos guardias cogieron al viajero, y atándolo á un árbol, empezaron su horrible trabajo epilatorio.

La barba le llegaba entónces á Maximiliano á los tobillos. Los salvajes se habian reunido en número de unos veinte para tirarle de los pelos. El pobre viajero sufrió entónces tan agudos dolores, que, á no haber estado atado al árbol, se hubiera caído desmayado. Su desgraciada barba, que era el fruto de las ciencias ocultas, estaba tan firmemente sujeta en la piel, que cada

vez que arrancaban un cabello, salía un chorro de sangre. Este descubrimiento divertía mucho á los salvajes, que se reían de todas veras. Maximiliano, cuya razón empezaba ya á trastornarse, veía á los monos, que le miraban imitando sus gestos, y unían sus gritos á los de sus verdugos. La noche llegó, y la piel de los salvajes parecía más roja á los últimos rayos del sol. Entónces, el jefe de la tribu, viendo que la operación no se habia concluido, dió orden de que todos tiraran de la gran barba del hombre pálido, para concluir de una vez. A una señal del príncipe, todos tiraron á la vez. Maximiliano hizo un supremo esfuerzo para romper las ligaduras, dió un grito, y... se despertó, porque todo habia sido una terrible pesadilla. Este sueño hizo una gran impresión en Maximiliano.

Atormentado todavía por los efectos de las emociones de aquella noche, sacó la siguiente moral del sueño que acababa de tener:

«Todo lo que no viene naturalmente á su tiempo, ni es bueno ni durable; en todas las cosas debe uno formarse deseos razonables, y tener paciencia.»

A los veinticinco años tenía ya Maximiliano una barba bonita, aunque un poco clara, que le permitía llevar patillas á la inglesa. Se casó con una jóven bella, prudente y discreta, que fué una buena madre de familia, y tuvo dos niños que le querían y hacían muchas caricias, porque la barba de su papá no les daba miedo. Nuestro amigo Maximiliano les contó con el tiempo su pesadilla, no sin añadir despues: «No deseéis nada de lo que la naturaleza os rehuse, que en todas las cosas es menester saber esperar.»

A. R. DE MONTMAIN.



DAVID VENCE Á GOLIATH

No pueden los juicios humanos escudriñar los insondables abismos de los juicios de Dios, que á veces se sirve de la debilidad para derrocar la fortaleza, así como otras, para anonadar la ciencia orgullosa, se vale de la más humilde ignorancia. Ved en prueba de la primera de estas afirmaciones aquel

pasaje de la vida de David que la Sagrada Biblia nos refiere en el libro primero de los Reyes, con ocasion de la injusta guerra suscitada contra Israel por los poderosos filisteos.

Habiendo éstos reunido sus escuadrones para pelear en Sochó de Judá, acamparon entre Sochó y Azeca, en

los confines de Dommin; á la vez que Saul y los hijos de Israel, llegados al valle del Terebino, ordenaron sus haces al lado opuesto, mediando el valle entre uno y otro campo.

Salió de los reales de los filisteos un hombre bastardo, llamado Goliath, de colosal estatura, que cubierto de un morrion de bronce, con ancho escudo, coraza y botas del mismo metal, y armado de enorme y pesadísima lanza, vino á presentarse, precedido de su escudero, delante de las escuadras de Israel.

Allí con grandes voces decia de esta manera: «¿Por qué habeis venido para dar batalla? ¿No soy yo un filisteo, y vosotros siervos de Saul? Escoged de entre vosotros alguno que salga á combatir conmigo cuerpo á cuerpo.

Si tuviere valor para pelear y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevaleciere y le matare, vosotros sereis los esclavos y nos serviréis.»

Á lo cual Saul y los israelitas nada respondieron, pues quedaron poseidos de temor y espanto.

Así transcurieron cuarenta días. Goliath avanzaba solo en todos ellos hasta cerca del ejército de Israel, repetia su desafio, y viendo que nadie lo aceptaba, denostaba su cobardía, y juzgándose invencible, se desataba en insultos contra el pueblo de Dios.

Á esta sazón, David, mozo de pocos años, hijo de un varon efrateo de Bethlem de Judá, llamado Isai, fué mandado por su anciano padre al campamento de Saul para llevar á tres de sus hermanos mayores, que con él militaban, algunos presentes con que queria obsequiarles.

Ya estaban ambos ejércitos á punto

de comenzar la batalla levantando estruendoso vocerío, cuando apareció Goliath repitiendo sus acostumbradas injurias, las cuales oyó David, á la vez que echó de ver cómo espantados huían todos de la presencia de aquel gigante.

Preguntó David á los que cerca de sí tenia: «¿Qué es lo que darán al que matare á ese filisteo y quitare el oprobio de Israel? Porque á la verdad ¿quién es ese filisteo incircunciso para que insulte así impunemente á los escuadrones del Dios vivo?»

Informado de lo que saber queria, fué luégo conducido á la presencia de Saul, al cual habló así valerosamente: «Nadie desmaye por los insultos de ese filisteo: yo, siervo tuyo, iré y pelearé contra él.»

«No tienes tú fuerza, le respondió Saul, para resistir á ese filisteo, pues eres muchacho todavía, y él es un varon aguerrido desde su mocedad.»

Y replicó el jóven David: «Apacentaba tu siervo el rebaño de su padre, y venia un leon ó un oso y apresaba un carnero de en medio de la manada. Corria yo tras ellos y los mataba, y les quitaba la presa de entre los dientes, y al volverse ellos contra mí los agarraba yo de las quijadas, y los ahogaba y mataba. Así es como yo, siervo tuyo, maté al leon y al oso, y lo propio haré con ese filisteo incircunciso, de cuyas manos me librá el Señor.»

«Anda, pues, y que Él sea contigo,» respondió Saul á David.

Hizo el rey cubrirle con su propia armadura y vestido de guerra, pero el mozo David que, no acostumbrado á tales arreos, sentia embarazados sus movimientos, abandonó una y otra cosa.

Empuñando el cayado, que llevaba

siempre en la mano, escogió de un arroyo cinco guijarros bien lisos, metióselos en el zurrón de pastor que traía consigo, tomó la honda en su diestra, y fué en busca del filisteo.

Así que éste le vió, cuando con paso grave venia caminando hácia David, le menospreció porque era un jóven rubio y de linda presencia.

«¿Soy yo acaso, le dijo, algun perro para que vengas contra mí con un palo? Ven acá, y echaré tus carnes á las aves del cielo y á las bestias de la tierra.»

Entónces David, con inspirado acento, respondió al filisteo: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo; pero yo salgo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de las legiones de Israel, á las cuales has insultado en este dia. El Señor te entregará en mis manos. Yo te mataré y cortaré tu cabeza: daré hoy los cadáveres del campo de los filisteos á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, para que sepa todo el mundo que hay Dios en Israel, y conozca todo este concurso de gente que el Señor salva sin espada ni lanza; porque Él es el árbitro de la guerra y os entregará en nuestras manos.»

Movióse el filisteo y comenzó á caminar hácia David, poseido de reconcentrada ira y despreciativo furor; y en tanto David, apresurándose, corrió contra el filisteo para trabar el combate.

¡Providencial fortuna! Metió el mozo su mano en el zurrón, sacó una piedra que disparó con la honda, y tan acertada y violentamente lo ejecutó que, hiriendo al terrible Goliath en la frente, donde quedó clavada, cayó el gigante en tierra sobre su rostro, con el estruendo del corpulento roble tronchado por el huracán.

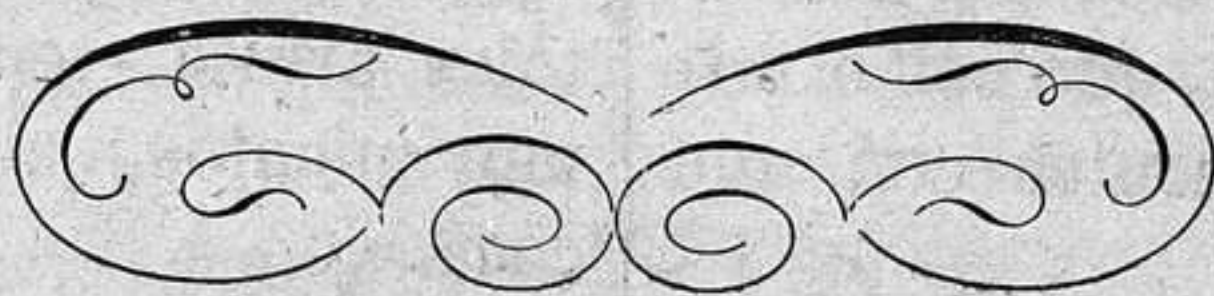
Así venció David al filisteo con una honda y una piedra. Echóse encima de él, y desenvainando la espada de su enemigo, acabóle de matar y le cortó la cabeza.

Esto dió la victoria á los israelitas. Viendo los filisteos ya muerto al más valiente y temido de los suyos, se desbandaron en cobarde fuga; pero los hijos de Judá los acometieron y fueron acuchillándolos hasta llegar al valle, y hasta las puertas de Accaron, cayendo heridos muchos por el camino de Sarain. Despues de perseguirlos, saquearon su campamento, en donde hallaron un magnífico botín con las riquezas que poseían.

Principio de las grandezas de David fué este hecho portentoso; de aquel varón privilegiado á quien Dios predestinaba para ser gloria y ornamento de su pueblo escogido.

¡Cuán cierto era lo que al principio decíamos, esto es, que el Señor se sirve á veces de la humilde debilidad para derrocar la más soberbia arrogancia!

ANTONIO ARNAO.





DON BERNARDO DE BALBUENA

Este insigne poeta nació en Valdepeñas en 1568, y murió en América en 1627. Se distinguió extraordinariamente por sus obras, entre las cuales son las más celebradas el *Bernardo*, poema heroico; *Grandeza mejicana*, y *El Siglo de oro*. Gran lástima es que se hayan perdido otras muchas obras de este gran ingenio, honra de las letras y de la Iglesia.

D. Bernardo de Balbuena fué abad de la Jamáica y obispo de Puerto Rico, desempeñando estos cargos con extrema solicitud, con gran caridad cristiana; valiéndole sus virtudes á la vez que su peregrino ingenio, el aprecio y estimacion de sus contemporáneos, y universal y sólida fama su nombre entre los escritores españoles.



LA CONFIANZA EN LOS SANTOS

Niños míos, os voy á referir un ejemplo. Un ejemplo es un caso que no ha sucedido (aunque posible y muy posible es que fuese cierto), pero que se ha transmitido de unos en otros desde muchos años, porque el espíritu que lo dictó, y la enseñanza que contiene, son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime, no sólo en la memoria, sino en el espíritu y en el corazón, estos ejemplos, aunque confiados en su mayor parte sólo á la tradición verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones que en pos de sí dejan las aguas vivas de un rico manantial. Estad atentos.

Habia un hombre muy de bien, de oficio carpintero, que como tal era muy devoto del santo patrono de los de su oficio, que es el bendito Patriarca Señor San José, quien, como Vds. no ignoran, era carpintero, por lo que dice la copla de Noche-Buena.

El Niño de María
No tiene cuna.
Su padre es carpintero,
Y le hará una.

Habíale hecho al Santo un altar muy primoroso en un convento de Capuchinos, y habia distribuido el camarín en ochavas y compartimentos, esculpiendo en cada cual, con mucho primor y esmero, una de las herramientas de su oficio, lo que le adornaba de una manera tan apropiada, que cuantos lo miraban se enternecian al recordar todo el amor y predilección que habia demostrado Dios, al hacerse hombre, al trabajo y á la pobreza, puesto que todas

las cosas que vemos nos impresionan más que las que oímos. Por eso nuestra santa Religión católica nos hace ver de mil maneras tan palpables sus misterios. Pero sucedió que el buen carpintero fué por la desgracia visitado; perdió á su mujer y á sus hijos, no quedándole sino una niña; se puso enfermo al entrar en años, y por último..... cegó. Mas todas sus desgracias las llevaba con suma paciencia, y siempre se le veia sereno y confiado en la protección de su Santo Patrono.

Como no podia trabajar, y su pobre hija, que habia de atender á su asistencia, ganaba muy poco en su costura, fueron vendiendo cuanto tenían, y cayeron en la más completa desnudez y miseria.

Cuando el buen cristiano sintió acercarse su muerte, quiso prepararse á bien morir, y dijo á su hija que avisase á un escribano, porque queria hacer testamento.

—Testamento!.. Padre! exclamó llorosa y asombrada su hija, ¿acaso tiene su merced algo que testar?

—Sí, hija, contestó su padre; haz lo que te mando, y avisa al escribano. La hija, aunque presumió que las palabras de su padre eran debidas al delirio de la calentura, como era muy obediente, hizo lo que su padre le mandaba. Al recibir el escribano el recado del moribundo, sospechó que seria éste un avariento, que aparentando miseria, tendria algun caudal oculto, y se apresuró á acudir á la cabecera del enfermo.

Cuando todo lo tuvo preparado, y encabezado el testamento en EL NOMBRE

de la SANTÍSIMA TRINIDAD, como es costumbre, le dijo al enfermo que dictase su última voluntad, lo que este hizo en los siguientes términos:

«Doy mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, y nombro por mi ejecutor testamentario, y por tutor de mi hija, á mi SANTO PATRONO SEÑOR SAN JOSÉ.»

Dicho lo cual, se durmió en el Señor con aquella tranquilidad que tienen en este trance los que creen en Dios y tienen una buena conciencia.

El escribano se fué de mal talante, y la pobre hija del difunto se quedó en el mayor dolor y desamparo, no teniendo nada en este mundo para procurar al padre de su alma mortaja ni caja, y sin poder costear su entierro.

Estando en esta tribulacion y congoja, oyó que llamaban á la puerta; abrió, y vió entrar á un venerable anciano, con modesto y suave semblante, con túnica y manto de color oscuro; y un báculo en la mano. Entonces el anciano le dijo que no se apurase, que él cuidaría de todo; y así lo hizo, saliendo y volviendo á poco rato con la mortaja, la caja y el clero de la parroquia, y se le hizo al pobre carpintero un entierro muy decente, yendo de cabeza de duelo aquel venerable anciano.

Cuando volvió del campo santo, le dijo á la pobre huérfana que se iba, pero que volvía al día siguiente.

Fuése el anciano á una ciudad inmediata, y llegóse á una casa en la que vivía un caballero muy bien acomodado y de muy buenas prendas. Hízose anunciar como persona que tenía que tratar con él un asunto importante, y cuando estuvo en su presencia, le dijo:

—¿Os acordais, cuando volvais embarcado con todo vuestro caudal de las Indias, del temporal que sufristeis en

alta mar, y que os puso á punto de perecer?

—Sí, recuerdo, contestó admirado el caballero; pero ¿cómo lo sabeis vos?...

—¿Recordais tambien, prosiguió el anciano, que hicisteis una promesa, y que fué la de casaros con la niña más pobre y más honrada que encontraseis, si Dios os libraba de aquel peligro?

—Sí, recuerdo, respondió asombrado el caballero; pero ¿cómo sabeis tambien esto, cuando á nadie se lo he dicho?

—¿Estais en cumplir vuestra promesa? preguntó el anciano.

—Sí que lo estoy, exclamó el caballero, y lo que me pesa es haber sido tan remiso y moroso en hacerlo.

—¿Quereis que os haga yo conocer á la niña más pobre y más virtuosa que podreis hallar? tornó á preguntar el anciano.

—Sí, que me place, respondió el caballero; me habeis inspirado tanta confianza, me siento tan inclinado á vuestra venerable persona, que estoy pronto á seguiros.

Pusiéronse en camino, y en breve llegaron á la humilde casa de la pobre huérfana.

Estaba esta tan afligida por la muerte de su buen padre, como acongojada por no saber qué sería de ella, porque hasta el casero, viéndola tan desvalida, y temiendo que no pudiese pagar la casa, la quería echar á la calle. El anciano le dijo que no se afligiese, puesto que aquel caballero que le acompañaba, y que era muy cristiano y muy bueno, estaba bien acomodado, y la quería amparar casándose con ella.

El anciano hizo en poco tiempo todas las diligencias y aprestos para el casamiento, y despues que se efectuó, estando los tres sentados á la mesa de

la comida de boda, le rogaron los desposados, con mucho cariño, que les dijese quién era, á quién debían tantos favores y mercedes; á lo que el anciano, poniéndose de pié, contestó con mucha bondad y compostura: «Yo soy José, al que cupo la dicha de ser el compañero de la Sagrada VÍRGEN MARÍA, y custodio del divino NIÑO JESUS. Tu cristiano padre fué siempre un ferviente devoto mio, y á la hora de su muerte me encargó que cumpliera su testamento; esto he hecho: llevé su buen alma á Dios, di su cuerpo á la tierra, y como tutor tuyo he cumplido también, dejándote amparada y dichosa.» Entónces el techo del aposento se entreabrió como una granada; apareció una luz sonrosada como la de la aurora, y brillante como la del mediodía. En aquella gloria apareció un divino Niño, que dijo al anciano: «Venid, Padre, que mi Madre os está echando de ménos;» y el anciano, bendiciendo á los desposados que, con las manos cruzadas y los rostros bañados en lágrimas, habían caído postrados en tierra, se alzó suavemente, cogiendo la mano que el Niño le alargaba, y desapareció en las alturas.

De estos prodigiosos favores debidos á la mediación de los santos, vemos todos los días, niños míos; sólo que estos no se revelan materialmente

sino raras veces, y en determinadas ocasiones y personas, y tristísimo sería el pensar que estamos incomunicados con aquellos que fueron nuestros hermanos y maestros, y que nuestras relaciones con ellos no sobreviviesen á esta vida corporal y transitoria. Las ideas antireligiosas, en su necio y acerbo afán de combatir nuestra santa fe, llaman *fanatismo* al exceso de creencia que hay en atribuir, con demasiada facilidad, á divinas influencias sucesos comunes. No os dejéis perturbar por dichos, que á fuerza de repetidos, se han hecho demasiado generales, y que muchos repiten, sin pararse á considerar toda la falsedad y veneno que encierran. Fanatismo, niños míos, es *defender con tenacidad y fervor opiniones erradas*(1), lo que, como veis, nada absolutamente tiene que ver, ni nada tiene de comun con un exceso de fe; que si bien puede alguna vez caer en lo trivial y simple, nunca es irreverente, ni lleva mala tendencia, y no puede ofender á un Dios que nos prescribió la fe y el amor como las dos primeras virtudes del cristianismo. ¿Qué mal habría acaso en que creyeseis este ejemplo? No habría ninguno; y sólo probaría la buena fe de vuestra mente y la sanidad de vuestro corazón.

FERNAN CABALLERO.

(1) *Diccionario de la Academia.*

ESOPO

Esopo, el fabulista, nació en Frigia, seis siglos ántes de la venida de Jesucristo. Era contemporáneo de Tales, Solon, Bias y otros llamados sabios de

la Grecia; y á pesar de que sabía más que muchos de ellos juntos, no fué admitido entre ellos, ménos por su deformidad que por haber sido esclavo

en sus primeros años: nunca un liberto pudiera ser bien considerado entre los aristocráticos eruditos de la Grecia. Por un busto que se encontró en Albani (Roma), podemos describir la figura de Esopo: parece bajo de estatura, por detras afeado por una joroba, y por delante por un vientre como hinchado; tenia la cabeza puntiaguda y los piés muy grandes. Pasó toda su juventud en la servidumbre de Demarco, en Atenas, y en Samos en la de Jadmon. Su buena conducta, la sabiduría é ingenio que desplegaba en sus lecciones de moral bajo la forma de apólogo, y la prontitud con que daba sus respuestas, llenas de agudeza y buen sentido, le granjearon la estimacion de su dueño Jadmon, quien le dió en recompensa la libertad. Entónces pasó á Lidia, en la córte del rey Creso, célebre por sus grandezas y sus defectos, por sus tesoros y por su desgracia; este rey, cuya confianza compartió Esopo con Solon durante muchos años, le envió á Delfos para consultar el oráculo y hacer algunos regalos á los habitantes de aquella ciudad. Pero indignado Esopo de su avaricia, devolvió á Creso el dinero que debia repartirles, y con sus discursos y sus fábulas, irónicos las más veces, quiso reformar las costumbres viciosas del pueblo. Esto produjo un efecto muy contrario á lo que él esperaba. Sus sátiras irritaron tanto á los delfianos, que decidieron vengarse á toda costa; ocultaron en los efectos de Esopo una copa de oro, que pertenecia al tesoro del templo de Apolo, y acu-

sado de aquel robo, registrado y perseguido, fué condenado á la muerte de los sacrílegos; á saber, á ser precipitado desde la altísima roca de Hiémpolis. Este asesinato atrajo sobre aquellos criminales habitantes la cólera de los dioses; viéndose diezmados por la peste y el hambre, consultaron al oráculo de Apolo, que les declaró que no se verian libres de aquel azote hasta que hubiesen expiado su infame delito. Entónces hicieron pregonar por la ciudad si habia alguno que quisiese proseguir la venganza de los dioses; se presentó el hijo de aquel Jadmon de quien Esopo habia sido esclavo, para pedir satisfaccion de la muerte de éste, y habiéndolo verificado plenamente, recobraron su bienestar.

Esopo no es el inventor del apólogo, pues se encuentran ejemplos en el Antiguo Testamento y en varios poemas antiguos; pero ha cultivado este género de composiciones con tal facilidad, nunca vista hasta él, y tan crecido es el número de las que su genio ha inventado, que con justicia fué llamado por los griegos el fabulista por excelencia. Sus obras completas y auténticas no han llegado á nosotros sino despues de mil reformas, que en nada las favorecen. Babias y Solon en su encierro se entretenian en poner en verso muchas de aquellas fábulas, que son las que, vertidas á todos los idiomas del mundo, y particularmente al latin, han sido recopiladas en nuestras colecciones.

W. NOEL.

